# LA MUJER DE NAVARRA.

ERA yo cuasi niño todavía, cuando un hermosísimo dia de otoño salí de Viana al amanecer, acompañando á un sacerdote que iba á decir misa en la ermita de Nuestra Señora de Cuévas, antiguo santuario, distante de la ciudad menos de media legua, y pintorescamente escondido entre los olmos de un riachuelo y los frutales de algunos huertos, al pié de suaves colinas, cubiertas de pastos, viñedos y olivares.

Celebrábase aquel dia la fiesta de la Vírgen, la romería de la ermita; y la gente de la comarca había de poblar más tarde templo y riberas, huertos, prados y colinas. Pero á la hora en que llegamos la ermita estaba aún solitaria, cual de costumbre, y á excepcion de la pequeña campana que el ermitaño hacía voltear con fúria á nuestro arribo, nada indicaba la algazara y bizarría en que algunas horas despues había de hervir aquel desierto.

Ayudé á Misa al sacerdote, y vueltos él y yo á la sacristía, quitóse casulla y manípulo, y con alba y estola salió á la puerta que daba ála pradera, echando responsos y esparciendo agua bendita con el hisopo, como si bendijese los campos que, delante de la fachada principal, se extienden hasta el Ebro.

Concluida esta piaceremonia, y despues de haber dado gracias el celebrante, subimos juntos al cuarto del ermitaño, que nos tenía preparadas sendas jícaras de chocolate, orladas de pan y bizcochos, con agua en limpios vasos de cristal, y una bandeja de bolados.

Durante el desayuno pregunté al sacerdote porqué había salido fuera del santuario a rezar responsos, á lo cual, con grave y sosegado acento, me respondió,

—«Hace mas de ocho siglos, ésta que hoy ves humilde ermita, la mayor parte del año solitaria, era nada menos que iglesia parroquial de un pueblo de Navarra que ya no existe, y que entónces, tendido por estos collados y praderas, alegre y afanoso, cual si nunca hubiera de perecer, la circundaba. El átrio de la Parroquia, segun costumbre de aquellos tiempos, conservada aún en muchas aldeas de los Pirineos, servia de Campo-Santo. He salido, pues, á bendecir á los muertos en el mismo suelo en que yacían, y á dirigir por ellos preces al Dios de toda misericordia; porque es bueno que ántes de que los vivos vengan á triscar y bailar sobre los pueblos que han pasado, haya álguien que se acuerde de las almas que sobreviven á los cuerpos, sepulcros y ciudades.»

Muchacho y todo como yo era, las palabras del sacerdote navarro debieron de hacerme honda impresion. Lo conocí despues en las muchas veces que me he visto arrebatado en alas de la imaginacion á semejante escena, deleitándome en reflexionar sobre ella.

Pensando en esto, he vuelto en diferentes épocas de mi vida al santuario de la Virgen de Cuévas. El edificio, aunque recompuesto, descubre en el ábside y algunos trozos de la parte superior, vestigios de su primitiva arquitectura románica, que precedió á la mal llamada gótica; pero ya no conserva ningun otro indicio de su venerable antigüedad. Quizás al ser reconstruido ha cambiado hasta de titular; porque el templo, hoy dedicado al culto de Nuestra Señora, debió de ser primitivamente consagrado á San Andrés, apóstol. Del cementerio no ha quedado nada: ni lápidas, ni sepulcros, ni inscripciones, ni siquiera huesos. De la poblacion, nada tampoco, ni siquiera ruinas. Las que se ven á cierta distancia pertenecen á un convento de templarios, posterior al pueblo de San Andrés de Cuévas. De éste, ni una mala piedra que indique vivienda ó monumento: solo campos

*Ubi Troja fuit.*

En los libros apénas se hallará memoria de tan poco famoso lugar. Pero de este lugar olvidado, de este cementerio que ha desaparecido, de los huesos ya convertidos en polvo, que los vientos esparcen ó las aguas arrastran al fondo de los mares, se acuerda todavía el sacerdote, y se acuerda, debemos decirlo, la ciudad que se engrandeció con los despojos de un lugar abandonado, el pueblo que heredó la iglesia del pueblo extinguido, y que la festeja por lo menos una vez al año,

y tiene quien bendiga lo que fué cementerio, y el polvo á que han quedado reducidos los huesos de sus antepasados.

Porque yo lo he visto despues: si entónces, como niño, me sorprendió la noticia de que en aquellos prados, huertos y alamedas se alzaba en siglos remotos una poblacion, no hay persona medianamente ilustrada en la ciudad que ignore su existencia: de manera que de padres á hijos se va trasmitiendo y perpetuando la memoria de un hecho, que solo repiten hoy los ecos de aquellos templos y campiñas.

Tal es la Provincia cuyas mujeres tenemos el encargo de describir, y á quienes mal pudiéramos comprender, si no nos remontaramos al órden de ideas á que tan naturalmente nos elevan las palabras de aquel sacerdote, despues de los responsos ofrecidos á Dios en sufragio de almas que vivieron en pueblos de que apenas hay memoria, despues de aquel rocío de agua bendita que liga siglos á siglos, tiempos olvidados con tiempos futuros, misterios de la tradicion con misterios de lo porvenir.

Estamos en un pueblo donde son leyes las costumbres, y donde el uso y la ley arraigan en lo inmemorial: pueblo, por consiguiente, donde la mujer, que tiene siempre real y legítima influencia en toda tierra cristiana, ha de reinar con soberano influjo, como depositaria y guardadora en el hogar doméstico del arca santa de la tradicion, de ese tesoro popular de amor y fé, rico patrimonio de todas las generaciones.

En el corto perímetro del antiguo Reino de Navarra podemos observar diversos climas, desde las nieves casi eternas de los picos próximos al Pirineo central, hasta los secos y abrasados páramos de la Solana y la Rivera. Hay en esta superficie montañas de primer órden, pelados riscos y llanuras feracísimas y amenas, valles profundos siempre cultivados, y selvas que recuerdan tiempos no lejanos del diluvio; pinares y hayedos, albergue de osos y jabalíes, y sotos, olivares y viñedos de riquísimo fruto. Por tan variados y opuestos paisajes han cruzado razas no menos distintas y contrarias: los euskaros, ó sea los aborígenes, cuya procedencia y peregrinacion es uno de los enigmas indescifrables de la Historia; los celtas, que viniendo de las Galias se unieron en Aragon á los iberos; los visigodos, raza tambien hiperbórea, con quien Navarra sostuvo guerra tres siglos, y por último, los árabes y bereberes africanos, que tambien dominaron por algun tiempo aquella parte del territorio que menos podia esquivar la coyunda.

Pero ni los accidentes topográficos, ni la variedad de climas, ni la consiguiente confusion de sangre, han podido alterar el fondo de lo que constituye el tipo de la mujer navarra, siempre idéntico á sí mismo, á juzgar por la tradicion y las escasas noticias que nos han dejado los escritores griegos y romanos.

Poco, en efecto, nos dicen estos de las mujeres de Vasconia, nombre con el cual se designaba entónces la region que en la Edad Media comenzó á llamarse Navarra. Los paganos apénas daban importancia á la mujer, y no es de extrañar, por lo tanto, que solo al hablar de las costumbres de cántabros y vascones, nos refieran por incidencia algo de lo que á nosotros principalmente nos interesa en el presente artículo. Sabemos de esta manera que las mujeres llevaban vestidos floridos y brillantes, que contrastaban con el traje oscuro ó completamente negro de los hombres; sabemos, y esto es mas interesante, que las mujeres mismas hilaban y tejian la lana, y fabricaban las telas, dándolas con el tinte y el bordado, tal variedad y viveza de colores, que alcanzaron fama europea.

Otro contraste no menos singular. El antiguo vascon, ágil, robusto, de tez morena y rizada cabellera, llevábala tendida por los hombros, desdeñando, como sus vecinos los francos, toda defensa para la cabeza, aun en tiempos de guerra, y al entrar en combate. Las mujeres solteras, por el contrario, usaban el cabello corto, cubriéndose con tocas de color, al revés de las casadas, que dejaban caer sus trenzas por la espalda y se tocaban de blanco. De esta costumbre de cortarse el cabello la soltera, le vino el nombre de *motza*, que tiene la doble significacion de *moza* y *mocha* en castellano.

Cuéntase tambien por Estrabon que los antiguos cántabros vascones adoraban á un cierto Dios innominado *(innominatum quemdam Deum.... venerari)*, para festejar al cual, pasaban la noche del plenilunio bailando y cantando con las respectivas familias á la puerta de sus casas. Jóvenes de ambos sexos cantaban tambien á coro y danzaban durante los festines de los ancianos y patriarcas de la república.

De aquí se infiere que la mujer vascona era entónces religiosa, alegre y hacendosa como es hoy la navarra; y si en ésta vemos sobresalir además la altivéz y el amor á la libertad é independencia, semejantes cualidades, que han podido desarrollarse á consecuencia de las vicisitudes históricas de este antiquísimo solar, existían como en gérmen en la primitiva raza ibérica, pobladora de los Pirineos occidentales.

En efecto, sus primeros habitantes fueron los euskaros ó euskaldunas, á quienes nosotros solemos llamar iberos, cántabros, vascos ó vascongados, gente sencilla, culta y pastoril, de suaves costumbres y dulcísimo carácter, que profesaba la religion natural, sin mezcla alguna de idolatría, ni quizá de supersticiones. Así lo prueba, entre otros datos, el monumento vivo de su idioma, cuya raiz no ha podido, ni podrá tal vez averiguarse nunca, y en el cual no se halla ningun sabor pagano, al paso que abunda en voces y conceptos del mas elevado espiritualismo. Estos primitivos pobladores se extendieron por las cimas y vertientes de los Pirineos occidentales, desde las orillas del Adour á las del Ebro, divididos en siete tribus, la mas oriental de las cuales era la vascónica ó navarra.

¿Porqué esos errantes peregrinos, esos emigrantes ibéricos, á quienes algunos autores hacen penetrar en España por Andalucía; porqué, teniendo, como tenían, por suya toda la Península, á la sazon tan solo por fieras habitada, desdeñaron feraces campiñas y pingües riberas, los amenos vergeles en que la fantasía de los griegos colocó mas tarde el jardin de las Hespérides, y se acogieron á la sombra y aspereza de los Pirineos, para cultivar los cuales tuvieron que principiar abrasando vírgenes é impenetrables selvas, produciendo los famosos incendios históricos que han dado á toda la cordillera el nombre helénico de Pirene, que aún conserva?

¿Porqué?

No encuentro satisfactoria explicacion á tan singular fenómeno, sino en el fiero amor de nuestros aborígenes à la independencia. Aquellos hombres, no tan apartados como nosotros del primer hombre, conocieron con mejor instinto que en la dulzura y regalo de las campiñas se enervan pronto el vigor del cuerpo y la energía del espíritu, viniendo en pos de la molicie, la aborrecida esclavitud. Siempre las montañas han sido baluarte de la libertad, refugio de corazones sencillos, enteros y generosos.

Hé aquí cómo la altivéz, el valor, el carácter independiente y áspero, hasta cierto punto, de la mujer navarra, existían en el fondo de la vascona. Pero estas cualidades, como hemos dicho, hubieron de ponerse despues más en relieve.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(Se continuará)

# LA MUJER DE NAVARRA.

**(CONTINUACION.)**

Andando el tiempo, aunque todavía en época indeterminada, los euskaldunas se vieron acosados por los celtas, raza hiperbórea, que entró en España por los Pirineos occidentales, y siguió por las estribaciones de esta cordillera, remontando el Ebro por Aragon y la Rioja.

Para mí, es indudable que los celtas lograron apoderarse de alguna parte del territorio euskaro pirenaico, como lo prueban los monumentos, evidentemente druídicos, que se han descubierto en nuestras dias en la llanada de Alava, unos cerca de Vitoria, y otros cerca de Salvatierra. Los celtas, unidos á los iberos de la derecha del Ebro, formaron el pueblo celtibérico, que se extendió por casi toda la Península, no logrando dominar la *Euskal-erria,* ó tierra propiamente vascongada, que conservó su raza sin mezcla con la de los invasores del Norte. Lo mismo fué sucesivamente aconteciendo con las avenidas de romanos, godos y africanos.

Pero al tocar este punto, debemos, para evitar confusiones, explicarnos con menos vaguedad. En el territorio vascongado hay una parte, que es la montaña, cuya historia no puede confundirse con la de la llanura. En la montaña, y sobre todo en lo mas occidental del Pirineo, subsiste la raza euskara, casi podemos decir, en su primitiva pureza. Las tierras llanas y fronterizas, mas accesibles á los extraños, y desprovistas de medios naturales de resistencia, han tenido que sucumbir, por más ó ménos tiempo, al yugo de los conquistadores. Así las riberas van recibiendo los cantos rodados y el limo de las inundaciones que las transforma cada dia, al paso que los peñascos graní-

ticos de la altura permanecen inmóviles al empuje de los huracanes, al azote de las lluvias y al embate de los siglos.

Las orillas del Ebro fueron en Navarra las primeras en doblar la cerviz á las arremetidas de pueblos extraños, los cuales, siguiendo por lo regular el curso del Arga, llegaban á Pamplona, retrocediendo de allí, para formar el tercer lado del triángulo, por los valles de Araquil y la Burunda, hasta encontrar por la llanada de Alava la base del Ebro.

Tal fué el curso de los celtas, romanos y godos, y tal, poco mas ó menos, el de los árabes y africanos. Pero ninguno de estos pueblos pudo establecerse en las montañas que se alzan dentro y fuera de estas zonas de servidumbre, cuyos contornos acabamos de trazar.

Surgen de aquí varias consideraciones, todas importantes al objeto de las presentes líneas.

Es la primera, que estando sujeta una parte de Navarra al yugo enemigo, y la otra nó, nunca en aquella ha debido de ser quieta y pacífica la dominacion. Así se explica, por ejemplo, que demuchos Reyes godos tengan que decir los historiadores: *Domuit vascones* (sujeto á los navarros): frase que, repetida en cada reinado, prueba lo contrario de lo que trata de darnos á entender el escritor.

Vivian, pues, los navarros en perpétua lucha con los extranjeros que querían conquistar todo aquel territorio; y esta guerra, prolongada desde lostiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media, ha desenvuelto el carácter altivo, belicoso y fuerte de la mujer navarra. No se concibe tan constante lucha sin un salvaje amor á la independencia, el cual, para ser durable, ha de estar sostenido y fomentado por la influencia femenil. De aquí nace tambien la laboriosidad de la mujer. *«Cuando el hombre vive familiarmente con el peligro, dice un escritor, la mujer tiene que amar el trabajo.»*

Despréndese asimismo, de los fundamentos históricos arriba expuestos, que son realmente distintas la montañesa y la ribereña de Navarra; la que procede de nuestros indígenas, y aquella cuyos ascendientes se han mezclado con las razas enseñoreadas por algun tiempo de las llanuras. Conviniendo ambas en el fondo del carácter nacional, obsérvanse entre ellas notables diferencias y matices, cuyo orígen acabamos de indicar.

La montañesa es altiva, constante, trabajadora y alegre; como sus paisanas del Mediodia; pero ni física ni moralmente puede confundirse con ellas. Más ibérica, más vascongada, más primitiva que éstas,

conserva toda la dulzura de la mirada, toda la sencilléz de la sonrisa, toda la suavidad de los modales de la tribu euskara en que ha nacido. De la tribu, decimos, y no de la raza en general; porque si la montañesa es blanda y apacible, comparada con la de la ribera, es por ventura, la menos dulce de todas las vascongadas. Del vascuence navarro al guipuzcoano, por ejemplo, hay casi la distancia de un dialecto. El primero es duro, elíptico y breve; el segundo, numeroso, eufónico y musical. Pero si la variedad de tribu á tribu es clara, no lo es menos la que existe de los montes á los llanos, dentro de la misma provincia. El valor de la serrana es menos gárrulo, su alegría menos bulliciosa y su figura mas femenil. Hacendosas ambas, distínguense por las ocupaciones en que se emplea su actividad: la ribereña cuida principalmente de la casa, y procura hacer mucho en poco tiempo, para que le queden horas de holgura ó de solaz; rara vez sale al campo, como no sea para labores sencillísimas de la escarda ó de la era: la montañesa, menos fuerte en la apariencia, trabaja más como zagala ó labradora; sus faenas son rudas algunas veces, pero no sale de su paso, es más cachazuda y constante en su laboriosidad.

Tenemos, pues, como impuesta por la Historia y la naturaleza, esta division del tipo de la mujer navarra; pero ántes de extendernos en la descripcion de cada una de estas variedades, hay que señalar otras, comunes á entrambas.

Navarra es uno de los Reinos peninsulares en que mas se ha dejado sentir esa influencia general europea, predominante en la Edad Media, y conocida con el nombre de feudalismo. No han existido en esta monarquia barones feudales propiamente dichos, no se ha conocido el feudalismo de derecho; pero de hecho, familias descendientes de bastardos de sangre real, que obraban como independientes de los Monarcas, superiores á ellos en realidad, aunque humildes vasallos en el nombre, ejercieron por más de un siglo tan funesto influjo, que concluyeron con la autonomía del territorio, cuyas villas y castillos se disputaban. Las casas de Beaumont y de Navarra, cabezas de los tenaces y sangrientos bandos beamontés y agramontés, son incontestables pruebas de ese feudalismo que tenia como asombrado y oscurecido el trono, y concluyó por entregarlo, casi sin resistencia, al de Aragon y Castilla.

Quizás no fué la culpa toda de los señores de la Edad Media; quizás habia algo de feudal en la organizacion primitiva, anterior, á la

fundacion del Reino pirenaico. La institucion patriarcal de Señores de Valles, confederados entre sí, y todos juntos con las demás repúblicas vascas, abrigaba tal vez ese principio, que más tarde había de tomar la forma de bandos. Como quiera que sea, el Señorío de Valles y esas banderías que desaparecieron con la independencia de Navarra, han dejado algunos restos, ó por mejor decir, algunas sombras, en la organizacion de clases y categorías que hasta nuestros tiempos se ha conocido.

Parécenos, en efecto, que la nobleza navarra era ménos expansiva, ménos democrática, si nos es permitido hablar así, que la de otras provincias españolas. No lo extrañemos; siendo en Navarra la clase popular más altanera que en Castilla, más altiva tenía tambien que ser, en proporcion, la aristocracia.

La dama navarra vive, poco mas ó menos, como vivian las españolas en los siglos XVI y XVII. Sin dejar de ser nunca señora de su casa, mujer de gobierno, ni despilfarrador ni mezquina, sino celosa del órden, y en todo caso, picando más de económica que de pródiga, es hidalga, poco comunicativa con las señoras de la clase media, y más dada al trato de las mujeres del pueblo. Pero sin afectacion de ninguna especie, sin alarde de tiesura y desdén, su sociedad se circunscribe naturalmente á las familias de su misma categoría, condenándose muchas veces á la soledad, en que no viven, por cierto, ni su marido ni sus hijos, pues el orgullo aristocrático parece encerrado enel corazon de la mujer.

La dama navarra solía tener, y aun procura conservar todavía, puesto fijo en el templo, que si no siempre puede ser la capilla ó el altar erigidos por sus antepasados, es la antigua sepultura, en cuya lápida se conserva todavía, de relieve, el escudo de armas de la casa. La dama navarra, ora habite en las ciudades, ora en la aldea, viste con elegancia, no teniendo que envidiar en esto á las madrileñas; hecho que se explica por la proximidad de Francia y la frecuencia de comunicaciones que existe entre ambos paises.

Este aire aristocrático es tambien, para el atento observador, la primera impresion que deja una ciudad navarra. Suele advertirlo el forastero en Pamplona, y resalta asimismo en Tudela, Corella, Viana y otras poblaciones, no invadidas aun por la industria niveladora. Las gentes pasan y se van modificando todos los dias; pero las piedras suelen durar más que los hombres. En todos estos puntos va desapare-

ciendo la distincion ó separacion de clases: la dama noble se humaniza, la de la clase media se eleva; ambas compran telas en una misma tienda y encargan los vestidos á una misma modista; pero las diferencias arquitectónicas son mas tenaces y no se borran con tanta facilidad; y aunque hoy acontece que en antiguos palacios viven los descendientes de los agotes y siervos del terruño, como la fachada de sillería no se ha modificado, como aun campean en ella los enormes escudos de piedra, los vítores tallados y dorados, y aquellos gigantes balcones de hierro con maderas ricamente ensambladas, y como *il tempo dipinge* en las antiguas piedras, como en los antiguos cuadros, dándoles ese misterioso barniz de la edad que todo lo entona y armoniza, resulta que la vejéz ha embellecído los edificios, y que el contraste mismo de lo nuevo con lo viejo, hace resaltar mas en pueblos menos sujetos á mudanzas, ese aspecto de la Edad Media, digno fondo del retrato de la dama navarra, tradicionalista de raza y de mision, que vive en esas poblaciones como en su centro, haciéndose respetar aun más por su porte y sus virtudes.

Hemos dicho que en Navarra han existido clases sociales que en cierta manera estaban organizadas. Esta organizacion era debida á la ley municipal, que ha desaparecido en nuestros dias. Sabido es que la designacion de personas para cargos concejiles se hacía por medio de la insaculacion; esto es, á la suerte. Había familias insaculadas solo para Alcaldes, y eran las de mayor nobleza, ó de probada hidalguia; otras, clasificadas é insaculadas para Regidores, sirviendo el resto de Alguaciles. De una clase á otra no se podía ascender sin pruebas. Cuando en Navarra se decía de una familia: «*Siempre han estado insaculados de Alcaldes*», esta expresion equivalia á una ejecutoria de nobleza. Título para aspirar á ella era poder decir: «*Jamás en nuestra familia ha habido Alguaciles: siempre hemos sido Regidores.*»

Los insaculados en la primera clase preferían para sus enlaces individuos de su misma categoría; pero no era desdoro contraer vínculos de parentesco con personas de la segunda, al paso que ambas hacían todo lo posible para no empañar el lustre de su sangre uniéndose á la ínfima.

De esta distincion, separacion y organizacion de familias, que se verificaba á la sombra de la ley, resultaban, como puede inferirse, no pocas dificultades en los matrimonios, dificultades que se reflejaban en las costumbres.

En efecto, tanto por esta causa como por otras de que aun tenemos que hablar, los padres de Navarra intervenían más que en otras partes en el casamiento de sus hijas; y aunque la ley municipal ha cambiado con el arreglo de los fueros, y la provincia se rige en este y otros puntos como las demás de la Península, todavía la intervencion paterna en los casamientos sigue inalterable.

Cosa singular y fenómeno curiosísimo, digno de estudio. La mujer navarra, tanto de la aristocracia como de las clases inferiores, es apasionada y vehemente por extremo, lo mismo en los valles pirenaicos que en los sotos y vergeles del Ebro. Quizás el rasgo dominante de su fisonomía, hablando en general, es la viveza de sus ojos grandes, negros, rasgados, de intensa mirada, profunda y avasalladora: la energía de sus facciones está indicando tambien fisiológicamente la de su alma. Pocas naturalezas hay más accesibles al entusiasmo, pocas de más enérgicas y bruscas resoluciones; en sus alegrías patrióticas es una loca, y en sus grandes pesares una espartana; y sin embargo, circunscribiéndonos á las clases superiores, porque la inferior forma capítulo aparte, los matrimonios por amor suelen ser ménos frecuentes que en otras provincias: en Navarra abundan los enlaces por conveniencia. Pero aquí entra la parte más digna de fijar la atencion del filósofo y moralista: en pocas partes los matrimonios de las clases regularmente acomodadas son más felices, producen mejores resultados.

¿En qué consiste este fenómeno ?

En varias causas, cuya explicacion, aunque muy propia de la materia que traemos entre manos, sería demasiado prolija para las dimensiones trazadas al presente artículo. Apuntaremos nada mas que las meramente indispensables para formar idea de la manera de ser de las mujeres de Navarra.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(Se concluirá.)

# LA MUJER DE NAVARRA.

**(CONCLUSION.)**

Consiste, principalmente, en su educacion religiosa, que las hace, segun puede inferirse de lo expuesto, muy semejantes á la *mujer fuerte* de la Sagrada Escritura. Añadiremos, como dato que corrobora este aserto, que ninguna provincia de España suministra, en proporcion á sus habitantes, mayor número de jovenes para Hermanas de la Caridad: de ninguna otra quizás salen tantas Superioras de tan sublime instituto.

La legislacion civil, que dá á los padres libertad completa de testar, hace tambien que tengan éstos en Navarra más autoridad, mayor influjo sobre los hijos que en las provincias sujetas al derecho castellano. De aquí la mayor sumision y docilidad de los hijos.

No hay que olvidar tampoco que la propiedad en Navarra no está tan aglomerada como en Andalucía y otras provincias de la reconquista. Las fortunas, por lo regular, son modestas, las dotes escasas, y hay verdadera necesidad, por consiguiente, de tener en cuenta lo que cada cónyuge ha de aportar al matrimonio, si no han de descender los hijos de categoría, cosa muy mal vista y en lo posible evitada por las familias. Dada, pues, esta necesidad, parece hasta decoroso y delicado, sobre todo cuando de las hijas se trata, que los padres tomen por su cuenta el arreglo de la boda.

Si los novios se conocen, y se han tratado, y se avienen al matrimonio, entonces el negocio es muy sencillo: se les deja un tiempo corto, lo más corto posible, para el galanteo; tiempo que general-

mente invierte la novia en preparativos de galas y ropa blanca, que es el mayor lujo de las navarras, y se casan, y se aman toda la vida, y *laus Dco. Laus Deo* podemos repetir de todas veras, pues generalmente la infidelidad conyugal es mucho ménos frecuente en Navarra que en otros paises. Tambien son raros los celos. Tanto la mujer como el marido tienen necesidad de ser muy aplicados, si han de conservar el lustre de la casa, y ni uno ni otro tienen tiempo de ser infieles ni celosos. La ociosidad es madre de todos los devaneos.

En este deseo de la conservacion de la casa, entra por mucho la legislacion civil, que tiende á robustecer el tronco de la familia, á expensas quizás de las ramas. Los padres se proponen, por lo regular, dejar heredero de la casa principal y de la hacienda que procede de la familia, á uno de los hijos. Pues bien; para no perjudicar á los demás necesitan aumentar el capital, ó dar carrera eclesiástica, militar ó civil á unos, preparar dotes á otros, milagros que no pueden hacerse sino á fuerza de órden, de economía y trabajo. Este matrimonio tiene que vivir estrechamente unido, no puede desperdiciar el tiempo, ni perderse en imaginaciones y locuras.

Enlaces de personas que se conocen de toda la vida, y que mútuamente se estiman, suelen ser los más frecuentes. Pero muchas veces se trata de la unión de jóvenes que nunca se han visto, ó que no recuerdan al menos haberse conocido jamás, en cuyo caso hay que procurar este conocimiento, hay que salir á vistas. La boda está ya acordada en principio, y aun arreglada, si se quiere, entre los padres de los presuntos esposos. Los cabezas de entrambas familias no sólo saben, ántes de que los novios se conozcan, lo que cada uno de ellos ha de llevar al matrimonio, sino algunas veces los testamentos que han de preceder á la boda, pues en el trato se acuerda quizás nombrar herederos á los futuros cónyuges. No falta mas que el consentimiento de estos, requisito que no nos parece para olvidado. Sobre ello han hablado ya los padres á sus respectivos hijos, los cuales tambien aceptan en principio, ó por lo menos tampoco se oponen. Convengamos en que es mucho aceptar y mucho no oponerse, siquiera sea en tésis general, en principio, ó en fin y postre. Porque esos que admiten por de pronto, ó no rechazan la proposicion; esos que dentro de poco van á unirse para toda la vida, á ser uno en dos, ó dos en uno, no se conocen hasta ahora, no saben si son feos ó bonitos, blancos ó negros, altos ó bajos, tuertos ó derechos.

Mas para este consentimiento prévio, para esta aceptacion en principio, nunca faltan antecedentes que ilustran algun tanto la cuestion, y sirven como de preliminares en la materia. Paréceme á mi que la novia debe saber al dedillo cuántos años tiene, sobre todo, si pasa de los veinte. Es de suponer que tampoco ignore que hasta la presente nadie le ha dicho: «Buenos ojos tienes», ni «Por ahí te pudras», ó cosas por el estilo, de esas que atañen y son mas de lo que parece pertinentes al proyecto matrimonial. Presúmese tambien que la novia en cuestion no ha de tener vocacion de monja, y que en sus vigilias ó lucubraciones no se le ha presentado la imágen de un mozo de la aldea y sus contornos, que pueda decorosamente pretenderla.

Todo esto junto, con tal cual noticia de la honradéz del chico, de su buen juicio y aplicacion, de lo rancio de su familia y lo bien provisto de sus graneros, de la hermosura de sus mulas y la esperanza de sus majuelos, forma un prólogo congruente de tan magna obra, una sinfonía de esa ópera verdaderamente séria.

Algunas veces, el ir á vistas se reduce á mera ceremonia. Los novios se conocen, y quizá se tratan, y se han visto y aun mirado más de lo regular. Pero como viven en distintos pueblos, hay que llenar esta formalidad del ritual. En casos tales, el dia de las vistas es uno de esos que forman época en la vida de los jovenes, un preludio del festin de boda. Los novios, de acuerdo con los padres, se dan cita á una poblacion de importancia, á un santuario, á una romería, donde, como por casualidad, concurren las dos familias y van á parar á una misma posada. Como por casualidad comen todos juntos, y juntos salen á comprar, van á los toros, al baile y al café; y sin empacho, por último, juntos acuerdan el dia de la boda.

Pero cuando las cosas no están tan adelantadas, cuando la entrevista de los presuntos cónyuges es un verdadero anteproyecto, primera y decisiva memoria para optar al premio ofrecido, yo no sé, no me puedo figurar, no acierto á imaginar siquiera, qué es lo que pasa por el corazon y por la imaginacion de aquella pobre chica, á un tiempo electora y elegida, ó mas bien votante y candidata, juez y parte. Por muy serena que sea,—y las navarras no se aturden fácilmente,—por mucha confianza que le merezcan sus padres, por grandes que sean su cariño y su respeto, debe hallarse aquel dia como atontada, al ver por primera vez á un hombre que la mira tambien por vez primera, para decidirse, despues de algunas horas, á ser ó no

ser eternamente suya, olvidando por él padre y madre, dejando acaso por él la casa en que ha nacido, en que ha pasado toda su niñéz y lo más florido de su juventud, y hasta el pueblo en que se ha criado, y sus compañeras, y sus conocidas, y sus amigas.

¡Terrible situacion, misterio incomprensible para nosotros, el de aquellas horas verdaderamente críticas en la vida de esa jóven! Tranquilicémonos, sin embargo: observemos bien su fisonomia: al ir á vistas, brilla su semblante con una esperanza que ántes no tenia; al volver, nótase en ella un orgullo, ó de satisfaccion ó de despecho. Ha elegido ó ha desdeñado: dos grandes motivos de soberbia para toda jóven. Pongámonos en lo peor: ha sido desdeñada. Nadie puede figurarse hasta dónde llegará en semejante caso el despecho de la mujer navarra.

Hay en este pais algun otro motivo más para que los matrimonios sean felices. El consorte que sobrevive, sea varon ó hembra, disfruta de *la buena,* esto es, goza del usufructo de la hacienda que llevó el difunto consorte al matrimonio. De esta disposicion legal nace el interés mútuo de ambos cónyuges por la casa, su aplicacion al fomento y prosperidad de unos bienes que han de servir para la viudéz. Los casados en Navarra pueden considerar todos los bienes del matrimonio como propios, pues, realmente, de todos ellos ha de disfrutar el superviviente mientras no vuelva á casarse.

Esta ley ha dado realce á una clase muy respetable en todas partes; pero más que en ninguna, en Navarra: la de las viudas. La viuda que goza de una *buena,* con la cual puede mantenerse decorosamente, tiene verdadero interés en no contraer segundas nupcias, para no perder el usufructo de la hacienda del primer marido. La viuda que en Castilla apenas es mas que una mujer á quien le falta su esposo, privada, hasta poco tiempo há, de la pátria potestad, en Navarra es cabeza de familia, con iguales facultades que el padre: la viudéz, por consiguiente, constituye para la mujer un estado que le dá nueva y legítima respetabilidad, y acrecienta la autoridad de la madre. Así es que las viudas no suelen volver á casarse, sobre todo entre familias que viven con cierto bienestar. En ello gana la mujer, y ganan principalmente los hijos.

Las precedentes observaciones recaen sobre las clases que podemos llamar bien acomodadas. La mujer del pueblo, como ántes hemos indicado, merece párrafo aparte.

Las clases pobres, compuestas generalmente de jornaleros, que se sostienen casi exclusivamente con el producto de su trabajo corporal, son, en la ribera del Ebro, las mas felices y las mas dignas de lástima al propio tiempo. Dichosas, mientras su pensamiento se encierra en el dia de hoy; y desdichadas, cuando su imaginacion las obliga á pensar en el de mañana.

Los hombres, fornidos y robustos, de musculatura hercúlea y de carácter duro, aunque en el fondo bondadoso, se comen cuasi todo lo que ganan, y su alimento en pocas partes será mejor. El pan es blanco y de sustancia, el vino fuerte y abundante, y ambos artículos forman la base principal de sus comidas: el pimiento y la carne constituyen el resto. Sólo cuando el jornal es corto ó falta por completo, que suele suceder raras veces, llevan al campo patatas y legumbres. Con tales alimentos y tal género de vida, los mozos sobrellevan alegres el trabajo, por duro y penoso que sea. Tras un dia de cava ó de arado en tierra arcillosa ó de mucha miga, viene una noche de ronda, de guitarra y galanteo.

Estas costumbres en mozos de condicion ardiente y belicosa, para quienes la mayor injuria es la nota de *falsos,* ó sea de cobardes, dá lugar á riñas, de las que frecuentemente resultan heridas ó muertes. Si alguna cosa puede darnos hoy idea de las escenas, ya casi inverosímiles, de nuestro antiguo teatro, es la manera de ser de los mozos de manta de la ribera de Navarra. Con la misma facilidad con que aquellos caballeros desnudaban la espada, sacan éstos á relucir la navaja, que puede competir con el hidalgo acero en dimensiones. Las mozas de cántaro que se asoman á la ventana, ó entreabren á hurtadillas la puerta de la calle, hacen el papel de las tapadas, y las relaciones, silogismos y discreteos calderonianos, sin variar de metro, se han convertido en cantares. Porque es de advertir que en pocos pueblos hay mayor facilidad que en el de Navarra para la poesía de romance y redondillas. Como un suceso, ya sea político ó de amores, histórico ó puramente subjetivo, llegue á herir la imaginacion popular, bien seguros podemos estar de que ha de ser puesto en copla, y cantado al punto por mozas y casadas, criadas y niñeras.

Lo hemos observado mil veces: al poco tiempo de haberse recibido una noticia que, por su índole y circunstancias especiales, cunde pronto y trasciende á los *trasnochos,* á la plaza, á la fuente, al rio, vuelve á nuestros oidos puesta en cancion. El romance es tambien el

proyectil ó dardo que recíprocamente se disparan la rivalidad, los celos, las pasiones políticas, de fregadero á fregadero en las cocinas, de piedra á piedra en el lavadero.

La mujer del pueblo se casa por amor; su hacienda tiene poco que arreglar. La moza que lleva una cama completa y un baul repleto al matrimonio, ya tiene ínfulas de rica. Se casa despues de meses y aun años de amoríos. Pero se casa, y todo ha concluido para ella, excepto el padecer y sufrir. El hombre sigue trabajando como un negro, pero comiéndose, y sobre todo bebiéndose, cuanto gana; y la mujer; que de moza ha procurado hacerse alguna ropa, estrenar algo por Páscuas y *ponerse maja* los domingos, ha concluido ya de lucirse y estrenar, y tiene que resignarse á remendar sus antiguas galas, y discurrir y trabajar cuanto puede para sí y para sus hijos. ¡Triste suerte la suya! Aunque se casa jóven, fresca como una lechuga y limpia como la plata, al año de matrimonio, ya parece súcia, vieja y estropeada.

El marido tambien se acaba presto. Aquella robustéz, aquellos brios para el trabajo, sostenidos por el picante y el vino cargado de color y de alcohol, duran poco tiempo. A los cuarenta años, el que sólo vive de la azada es ya viejo, y si no muda de régimen, bajará luego al sepulcro, no sin haber pasado por el hospital, á pesar del horror que siempre le ha tenido. Pero la mujer es su ángel tutelar. El marido que la atiende y sigue sus consejos, prolongará sus dias. Ella le atrae al hogar, le cercena las horas de la taberna, le hace saborear el puchero de casa, vivir con *gobierno* y llegar á edad avanzada.

Parece imposible que debajo de la ruda corteza de la mujer del pueblo, de complexion récia, desabrida, altanera, capáz de encajar una fresca al lucero del alba; de esa mujer à quien hemos visto despues de casada llena de remiendos, pálida y desgreñada, recobre tal influencia sobre su indómito marido. Y es que en el alma de esa mujer del pueblo, hay no sé qué energía, grandeza y perseverancia, no sé qué vigor, no sé qué hermosas cualidades, que si se replegan al principio sobre sí mismas, por no estrellarse en el alma indomable y fuerte del marido en plena juventud, luego que éste declina, reaparecen y tornan á la lucha, hasta que triunfa con ellas la mujer navarra.

De estos dos grandes tipos, de estos dos singulares caractéres, con defectos enormes y cualidades no menos notables, se compone un pueblo, á quien hay que juzgar sin pasion y contemplar con algun respeto.

Lo que en la ribera son músicas y rondas, trabucazos y navajadas, en la montaña son leyendas, contadas en las veladas del hogar. Los que viven en Madrid y en pueblos meridionales no suelen tener idea de lo que es el hogar en una casa de los Pirineos. El hogar es toda la cocina, embaldosada de grandes piedras de granito. La chimenea todo el techo que, en forma de embudo y sin aleros, se apoya en las cuatro paredes del aposento, y deja escapar el humo por el tubo circular del centro. Debajo de él arden troncos enteros de robles y carrascos: gavillas de ramaje á las cuales las cabras han despojado de la hojarasca, entretienen la llama que sube á la chimenea con los giros y proporciones de una hoguera.

Alrededor de la lumbre, y apoyados en las cuatro paredes de la cocina, grandes bancos de nogal que yacen inmóviles siglos enteros, dan asiento á los hombres que vienen del campo transidos y empapados de agua ó nieve; y en torno de un candelabro de madera, tamaño como el hachero de una catedral, y en donde arden oblicuamente las teas, siéntanse en bajas trípodes las mujeres, cuyas trenzas recuerdan las de las antiguas vasconas, con sendas ruecas de lana que hilan á porfia, y renuevan de vez en cuando las teas que inundan aquel ámbito de humo y fragancia resinosa.

A la luz semi-fantástica del candelabro y del hogar, descúbrese la noble y honrada fisonomía de aquellos atletas, y el rostro dulce y sonrosado de la montañesa, de finas facciones y de brillantes ojos. La reunion está presidida por el *echeco-jauna,* cuyo mastin favorito yace como enroscado á sus piés. Miradlo: es el mismo montañés que nos dió á conocer la cancion de Roldan en Roncesvalles. El perro que duerme á su lado es aquel que hacía resonar con sus ladridos las rocas de Altabizcar. Ese anciano de blancas guedejas vive en completa familiaridad con sus pastores y criados, pero respetado y querido de todos ellos. La *echeco-andria,* el ama, la dueña,—que con todos estos nombres es conocida en Navarra,—con la rueca al cinto, no se distingue de las otras mujeres, sino como una semi-diosa de los simples mortales, como una reina entre sus damas.

El invierno es largo, y eternas son en él las noches; las veladas tampoco tienen fin. Y á fuerza de durar mucho la trasnochada, es natural que se vean y se miren no poco los zagales y zagalas, y que se hablen, si comedidamente con los lábios, por respeto á los amos, mas atrevidamente con los ojos, con esos ojos tan expresivos, que todo lo

saben decir con una mirada. Estos cuadros, tan suavemente difuminados, y al propio tiempo de tanto colorido, traen á la imaginacion otros de la misma localidad, tradicionalmente conservados en las canciones del pais. Citaremos, aunque inventadas en nuestros dias, estas estrofas del canto de Anibal, cuando los vascos se deciden á acompañarle en su expedicion contra los romanos:

Y á la hora en que se acuestan
Las mujeres, nos partimos,
Callados, por no turbar
Su dulce sueño á los niños.

No ladra el perro siquiera,
Que al vernos marchar tranquilos,
Cree que al alba tornarémos,
Y á rondar vuelve el aprisco.

. . . . . .

Dícenme que á Roma vamos,
Donde el oro corre á rios.
¿Qué importa? Hartáos vosotros;
Yo por mi valle suspiro.

Yo quiero ver á la hermosa
Que me guarda su cariño,
Y mi montaña está léjos,
Y el tiempo es largo y sombrío....

Volvamos por un momento los ojos á la ribera, y contemplemos á la madre que vé venir á su hijuelo llorando, descalabrado y con las manos en la cabeza :

—Qué tienes?—le grita.

—Que me ha pegado Fulanico.

—¡Falso! ¿Y por qué te has dejado pegar? ¿Y por qué no le matas?

Y la madre le castiga, para que otra vez no se deje descalabrar impunemente por nadie.

¡Notable contraste de costumbres! Pero desengañémonos: el navarro siempre ha de ser navarro, por muy arrimado que viva á las crestas de los Pirineos: y la montañesa, por muchos quesos que forme

y mucha leche que beba, no dejará de incitar á su marido á otras ocupaciones más lucrativas, aunque más arriesgadas, que las agrícolas y pastoriles.

Veréislos, pues, á marido y mujer darse al contrabando, haciendo prodigios de habilidad para trepar como gatos monteses por las rocas, ó deslizirse como una avalancha hácia el abismo, cargados con los enormes fardos que sacan de la frontera. Si el uno lleva los bultos, la otra el fusil. La montañesa, de finas facciones y graciosa mirada, sabe manejarlo tan bien como su padre, su hermano ó su marido.

¿Para qué fines sociales ha criado Dios a la mujer navarra, que sabe dominar á hombres tan fuertes, tan enérgicos, de quienes siempre se ha obtenido más por la persuacion que por la violencia?

Responder á esta pregunta sería resolver este problema histórico: ¿Para qué fines conserva la Providencia esa muestra del idioma, de la raza y de la civilizacion de nuestros indígenas, ese resto del pueblo ibero, contemporáneo quizá de las Pirámides de Egipto, y que, á semejanza de ellas, subsiste inmóvil sobre tantas y tantas tempestades de polvo y arena que descarga en vano para sepultarlo el *simoun* del Desierto?

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.